

Poesía canaria [1975-2001]

Cinco notas

Entiéndase esta breve selección de poemas y autores como una aproximación. Por supuesto, ni los textos seleccionados atrapan toda la diversidad, complejidad y riqueza compositiva que caracteriza la obra de los autores incluidos, ni se agota con estos doce nombres una lectura de calidad del corpus poético desarrollado en las Islas Canarias. En cualquier caso, acaso convenga comenzar esta presentación de la poesía escrita desde las Islas a partir de 1975 refiriéndome a algunas características que sitúen al lector en ciertas coordenadas estéticas —además de sociohistóricas— que le permitan acercarse a un proceso poético prácticamente desconocido fuera del territorio donde ha sido gestado. Y entiendo que abordo el análisis de *un proceso* por varias razones.

Uno

Todos los autores presentes han de considerarse, independientemente de su edad y del grado de cristalización de su trabajo poético, como *poetas en movimiento*. Es decir, autores de los que sólo su evolución futura dará justa medida de su verdadera cualidad poética. No pretendo sostener con este argumento que estemos ante una poesía de escaso desarrollo o aún inmadura, muy al contrario. Destaco una característica que entiendo fundamental en la poesía escrita en Canarias desde 1975, como es la rigurosa y estricta mirada sobre el fenómeno de la creación, sobre el poema y el propio lenguaje poético, que sostienen los mejores autores insulares de este periodo. Al igual que todo habitante de una isla se enfrenta a unas costas y un horizonte marino que reconoce a la vez como censura y aventura posible —ese más allá que se abre ante su espíritu—, la mayoría de los poetas seleccionados abordan el ejercicio de la escritura como una aventura al filo de lo imposible. Podría decirse que el poema surge así desde su

propio cuestionamiento, como experiencia misma de cambio y evolución verbal y del ser. En este sentido, la exploración continuada —e íntima— del lenguaje y el poema como realidad distinta y final son los ejes a partir de los que se ha ido gestando la última poesía canaria del siglo XX. Evidentemente, esta descripción de la poesía canaria no hace sino adscribirla a las más importantes corrientes estéticas de la modernidad contemporánea internacional. ¿Qué añade entonces a las poéticas de estos escritores el calificativo de *insular*?

Dos

Jorge Rodríguez Padrón, en el apartado de su libro *Lectura de la Poesía Canaria Contemporánea* dedicado a uno de los autores aquí seleccionados, Andrés Sánchez Robayna, se refiere a la insularidad como un compromiso: *El poeta insular, si abraza la insularidad como compromiso, está obligado a mirar siempre lo mismo pero de manera siempre distinta: debe hacer que la fijeza imperturbable del espacio y la circularidad enervante del tiempo se pongan en movimiento, cambien sin cambiar, nos desvelen su misterio, precisamente porque la luz gravita sobre ellas multiplicándolas, haciéndolas otras; y ello porque existe una mirada que, con su voluntad, transmite a esa realidad estática la vibración extática del poeta que mira y, al mirar, reescribe el mundo*¹:

La mejor poesía canaria de los 25 últimos años se sitúa, precisamente, en el centro de este compromiso. Ese es su lugar privilegiado, *su sitio*, haciendo uso del sentido que para el término apunta Miguel Martínón. En todos los poetas seleccionados ha de entenderse además este compromiso como conciencia de pleno rigor verbal. Efectivamente, el poema se concibe como reescritura del mundo, tal es su intención ensimismada y final.

Así, tal y como sostiene Juan José Delgado, en las Islas, frente a los reconocibles

planteamientos de postmoderna derrota existencial: *el poeta, en las puertas del siglo XXI no quiere darse por vencido, no sin antes presentar una última batalla con un arma en la que deposita toda su confianza: la palabra poética (...) Confía en que la palabra restaure por lo menos o conceda momentáneamente una visión de la realidad perdida y la enteriza realidad de su propio ser*².

Como espacio poético, toda isla evidencia el principio y el final de mundo, la medida de la continuidad y la realidad de la ruptura.

Tres

En el continuo que es la unidad del idioma, esta extremada conciencia de la palabra acerca las poéticas de estos doce insulares —ya que tampoco se puede hablar de una única tendencia que los aglutine— a la tradición de renovación que se corresponde, en el último tercio del siglo XX, con lo que Saúl Yurkievich ha denominado “la segunda vanguardia”³, desde América, para toda la literatura en lengua española.

Geohistóricamente, la condición periférica de las Islas Canarias ha permitido que, aquellos entre sus pensadores y artistas atentos al discurrir de las ideas, llegasen a profundizar en las corrientes de la cultura universal más innovadoras y vivificantes. Ilustración, Modernismo, Vanguardia tienen en el archipiélago canario adelantados representantes. Con todo, si para las Islas *la excentricidad* de la renovación es el mejor de los nutrientes culturales posibles, también se convierte en una limitación para su difusión en el medio social. Así, la poesía canaria más clara se presenta aislada y distante de las formas y tendencias socialmente reconocidas en la poesía española de los años setenta, ochenta y noventa. *Novísimos, figurativismo, neosurrealismo, poesía de la experiencia o realismo sucio* no dejan de ser sino etiquetas vacías, pretendidas categorías que impiden adentrarse críticamente en la verdadera y variada condición del poema como última realidad. A la hora de designar la poesía de estos 30 años, son habituales las referencias a estas y otras categorías similares, fundamentalmente, en el marco de sucesivas antologías prescriptivas y residuales, que únicamente alcanzan a mostrar una empobrecida visión de la realidad poética española. En el caso particular de los autores insulares que nos ocupa y sin duda por representar esa experiencia poética más heterodoxa, sólo excepcionalmente han sido incluidos en las selecciones que han tratado de revisar el periodo comentado. Por fortuna, también es posible hallar unas pocas propuestas antológicas atentas a la genuina diversidad de la expresión poética⁴.

Así pues, excentricidad: diferencia, renovación y extrema conciencia de la palabra poética. Con todo, no ha sido un camino sin extravíos.

Cuatro

Decir de la poesía canaria desde 1975 es considerar también cuáles han sido las relaciones de esta poesía y estos autores con su inmediato entorno social y estético. En 1976, en abril y con los estertores del franquismo aún recientes, se celebraría el I Congreso de Poesía Canaria. El sumario de las actas⁵ que reúne las intervenciones de aquella reunión refleja cuán atentos al momento histórico que les había tocado vivir se mostraban los ponentes y poetas. Acorde con este sentimiento e interés mayoritario, la poesía de los autores más jóvenes⁶ era convenientemente calificada como una poesía rebelde, informal, extremista y altamente politizada. En las conclusiones a aquel encuentro, sin embargo, Francisco López Estrada señalaba: *En este congreso se ha manifestado un profundo interés por el sentido que esta participación [la de la poesía] tenía en la problemática del hombre actual en las Islas. Acaso he echado de menos estudios sobre la condición de la poesía, sobre su disposición teórica, exploraciones estilísticas, cuanto suponga el reconocimiento de una técnica, que nunca puede faltar por la misma naturaleza del hecho poético. La condición del canarismo pudo señalarse —por ejemplo— en el carácter insular, en la peculiar naturaleza que rodea al hombre (...) Pero hay que plantearse más cuestiones: la potencialidad simbólica del entorno, que constituye una peculiaridad permanente, una constante anímica frente a las preferencias generacionales, pues el hombre es algo muy complejo, y el poeta no puede amputarle ninguna de sus condiciones*⁷.

A veinticinco años vista no es difícil corroborar las dudas que implícitamente mantenía López Estrada sobre el fenómeno poético de aquel momento en Canarias. Así, pocos años más tarde, desaparecerían con igual rapidez tanto los rescoldos escolásticos de la poesía de “compromiso político” —por lo demás, apenas ya vivos en 1977—, como las propuestas más o menos juveniles que, desde un lenguaje informalista, rodearon el cambio a la década de los 80. Con todo, ya sea por acción o reacción a una cierta estética de lo efímero, el periodo que va de 1975 a 1985 —con el año 1980 como momento de inflexión— ha de entenderse como una etapa que marca, tras los años de dictadura, el resurgimiento de la poesía insular desde argumentos creativos que llegan firmes hasta el presente siglo y milenio.

Cinco

Los años 80 significaron la concurrencia de autores, publicaciones, encuentros y actos en una amplitud y diversidad difícilmente comparable con lo acontecido en décadas anteriores⁸. De hecho, analizar superficialmente tal concurrencia, buscando para su lectura crítica la proyección de una sola imagen estética común, nos abocaría a un estéril reduccionismo. Sin embargo, entiendo que la decantación de aquellas propuestas personales y grupales de más interés en este periodo final del siglo XX se produce a partir de, al menos, dos constantes de reflexión estética. Y digo constantes en la medida que explicitan, *en el desarrollo mismo del poema*, dos elementos esenciales para el conocimiento poético: el grado de referencialidad del lugar insular y el reconocimiento de los propios límites de la creación literaria.

Bajo esta doble premisa, se conecta la poesía canaria posterior a 1980 con una línea de tradición que, pasando por alguna de las poéticas que la anteceden (como es el caso de las propuestas por Eugenio Padorno, Lázaro Santana o Luis Feria), la acercará en última instancia a los escritores y artistas de la vanguardia insular de los años 20 y 30 (entre otros, Juan Manuel Trujillo, Pedro García Cabrera, Agustín Espinosa, Domingo López Torres y Óscar Domínguez, todos ellos directamente vinculados a los núcleos del pensamiento renovador europeo de entreguerras). No obstante, la recuperación del conjunto de obras de estos y otros autores⁹ debe entenderse, no tanto como un acercamiento a la expresividad vanguardista sino como un renovado movimiento de indagación en el carácter significativo *de la isla como espacio para la conciencia* y, por tanto, en su sugerente definición simbólica, en tanto que lugar de experimentación del espíritu y el conocimiento poético.

Pedro García Cabrera, en su ensayo de 1930 "El hombre en función del paisaje", escribía: *El medio imprime al hombre un símbolo primario, un determinado modo de ser. Símbolo primo que irá arrastrando a lo largo de su vida. Y de tal manera esto es así, que cuando Fray Luis de León —llanura— descendió al Mediterráneo para conducir los restos del apóstol Santiago a España nos habla de los tendidos mares. Y es que Fray Luis llevó la planicie castellana al mar, dominando además su dinamismo e insuflándole la inmovilidad de la meseta*. Este es la condición poética donde, de nuevo y siempre, se reconocen los escritores insulares del último cuarto del siglo XX. Fermín Higuera, en un texto de significativo título¹⁰ y yendo más allá de lo planteado por García Cabrera, afirma que a la conciencia

de la isla le corresponden, a un mismo tiempo, dos sentimientos en apariencia contradictorios como son el de reconocerla y el de trascenderla. O como señala Sánchez Robayna¹¹ —refiriéndose él mismo a la obra de alguno de los poetas más jóvenes de esta selección—, se trata, en todo caso, de ir más allá sabiendo cuál es nuestro movimiento verdadero: ese adentrarse sin miedos en el otro lado del ser que, necesariamente, es el buen poema.

¹ Jorge Rodríguez Padrón, *Lectura de la poesía canaria contemporánea*, Tomo II, página 823. Colección Clavijo y Fajardo. Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias. Islas Canarias, 1991.

² Juan José Delgado, *Textos para una aproximación a la poesía actual en Canarias*. Cuadernos del Ateneo n° 4, página 34. Islas Canarias, 1998.

³ Saúl Yurkievich, *A través de la trama. Sobre vanguardias literarias y otras concomitancias*. Muchnik Editores. Barcelona (España), 1984.

⁴ Carlos Álvarez Ude selecciona una muestra de poetas españoles de menos de treinta y cinco años en la revista *La Página* (n° 27, 1997) bajo el significativo título de: *La poesía más joven: Feminidad, diversidad, dispersión*. Igualmente alejada de todo intento de homogeneización se encuentra *Ferozes*, antología de la última poesía española realizada por Isla Correyero, o la selección efectuada por los canarios Alejandro Krawietz y Francisco León para la revista *Quimera*.

⁵ *Primer Congreso de Poesía Canaria 1976*. Aula de Cultura de Tenerife. Islas Canarias, 1978.

⁶ Si bien ninguno de los poetas jóvenes que participaron en el I Congreso de Poesía Canaria ha desarrollado una obra digna de mención, serán sus coetáneos, los escritores nacidos entre 1945 y 1955, quienes posteriormente protagonizarán el mencionado cambio de rumbo de la poesía insular. A ellos se unirán a partir de mediados de la década de los ochenta y, sobre todo, en los años noventa, otros grupo de escritores, ya nacidos éstos últimos entre 1960 y 1971, aproximadamente. Los doce autores seleccionados corresponden a ambos grupos de edad.

⁷ Francisco López Estrada, *Conclusiones del Congreso de poesía canaria*. En obra citada, página 243.

⁸ Fernando Senante, *Poetas canarios surgidos en los 80*. Página Borrador, Diario de Avisos, 29 de mayo de 1986.

⁹ Entre 1978 y 1992 se realiza una compleja labor de recuperación y revisión de la obra de los vanguardistas insulares aparecida antes de 1936 gracias al trabajo crítico y editorial de Andrés Sánchez Robayna, Miguel Martínón, Nilo Palenzuela, Carlos Eduardo Pinto, Miguel Pérez Corrales, Rafael Fernández, C.B. Morris, Danielle Sotto, Isabel Castells, Anelio Rodríguez Concepción o Ernesto Rodríguez Abad, entre otros escritores y estudiosos.

¹⁰ Fermín Higuera, "Isla, unidad". *II Congreso de Poesía Canaria. Hacia el próximo siglo*. Servicio de publicaciones de Cajacanarias. Islas Canarias, 1997.

¹¹ La antología *Paradiso. Siete poetas*. (Syntaxis. Islas Canarias, 1994) reunió a siete poetas —por aquel entonces todos menores de 30 años— entre los que se hallaban Rafael-José Díaz y Melchor López. Este núcleo de escritores constituía el grupo que editó, entre 1993 y 1995, la revista de literatura *Paradiso*.